Cruzando el parque: Hacia una política racial en Cuba

Roberto Zurbano
Unión de Escritores y Artistas de Cuba
Cuba
zur6202@gmail.com

DOI: https://doi.org/10.53766/HumSur/2021.31.05

Resumen

Cuba lanza Programa Nacional Contra el Racismo y la Discriminación Racial en 2019, primera política racial post-1959, pues el dogma marxista ocultó durante décadas el racismo. Sólo el activismo recuperó el significado político del antirracismo. Tal política racial es resultado de acciones y organizaciones ciudadanas que desbordaron la comprensión y permisibilidad del Estado, hasta definir por qué y para quién tiene sentido una política racial en Cuba hoy. La tradición antirracista, los resultados de investigaciones y la nueva voluntad política se re-insertan en una batalla local y global donde Cuba debe jugar un importante rol.

Palabras clave: Racismo en Cuba, discriminación, Programa Nacional Contra el Racismo y la Discriminación Racial, política racial.

Crossing the park: Towards a racial policy in Cuba

Abstract

Cuba launches the National Program Against Racism and Racial Discrimination in 2019, the first post-1959 racial policy since Marxist dogma hid racism for decades. Only activism recovered the political significance of anti-racism. Such a racial policy is the result of citizen actions and organizations that exceeded the understanding and permissibility of the State, until defining why and for whom a racial policy makes sense in Cuba today. The anti-racist tradition, the results of research, and the new political will are re-inserted in a local and global battle where Cuba must play an important role.

Keywords: Racism in Cuba, discrimination, National Program Against Racism and Racial Discrimination, racial policy.

Recibido: 30.6.20 / Evaluado: 21.11.20 / Aprobado: 15. 2.21.

1. Introducción

"(…) el racismo cubano ha sido incrementado por la crisis.
Hay que estudiar el problema y, sobre todo, educar y educarnos sobre el problema,
lo que según Paulo Freire no es sólo tomar conciencia sino actuar en consecuencia."
Esther Pérez (2009)

Para Agustín Lao-Montes, con nuestra gente, entre la discusión y el aprendizaje.

Durante las cinco décadas previas a la Revolución cubana los debates sobre raza eran comunes en periódicos, revistas, discursos y libros de diversos géneros y enfoques. La práctica social republicana no pudo ocultar la opresión racial, naturalizada en barrios pobres, escuelas públicas y el mercado laboral, por sólo mencionar espacios racialmente condenados históricamente. Un espacio que describe dicha situación racial fue el parque de pueblos y ciudades, donde lo cotidiano dibujó tensiones raciales entre sujetos, clases e instituciones, afectando la dinámica económica y política entre sus ciudadanos negros. Muchos de esos parques cubanos durante la República fueron espacios invisiblemente segregados por un pacto social no escrito: las personas negras podían moverse sólo por el borde exterior del parque, mientras las blancas disfrutaban toda la zona interior. En más de una ocasión este pacto fue roto, causando enfrentamientos raciales, como en el Parque Vidal de Santa Clara, en 1925, con varios heridos y detenidos: entonces, un proceso judicial declaró ilegal tal práctica segregacionista, pero un nuevo pacto social decidió restaurar la dinámica anterior con la anuencia de las propias instituciones negras. Otra ruptura, ocurrida en el Parque Céspedes de la ciudad de Trinidad en enero de 1934, terminó con la muerte del joven Justo Proveyer. Un acto tan sencillo como atravesar un parque terminó siendo la odisea que derribara el consecuente terror de la población negra a violar una de las fronteras invisibles de la segregación racial en Cuba.[1]

La marca racial persiste como signo que excluye o incorpora a la sociedad un amplio sector de la población cubana, para quien el parque de la ciudad o pueblo significó un campo de batalla cultural y política. Este texto honra aquellos luchadores por la igualdad racial en Cuba, quienes, desde el siglo XVIII, construyeron una tradición antirracista, desconocida pero aun necesaria, en espacios públicos y privados del siglo XXI. Uso la metáfora del parque como espacio urbano de suficiente *profundidad histórica* (Haapala, 2006) o capas temporales atravesadas por actores e instituciones sociales, junto a discursos, tendencias y situaciones raciales del campo social. Cada esquina del parque, se torna perspectiva crítica desde donde pretendo explicar la situación racial cubana; desde allí construiré algunos escenarios a tener

en cuenta por una política racial verdaderamente inclusiva y emancipatoria en el siglo XXI de la isla.

En noviembre del 2019 el Consejo de ministros de Cuba aprobó el Programa Nacional Contra el Racismo y la Discriminación Racial, encabezado por el presidente de la República e integrado por varias instituciones gubernamentales y políticas, más algunas organizaciones y grupos activistas. Aunque es la primera vez que en la etapa posterior a 1959, se piensa una estrategia nacional contra tales flagelos, no es un ejercicio inédito en la sociedad cubana, pues desde el periodo colonial la problemática racial atraviesa la cultura, la economía y las leyes de la isla de modo problémico, razón por la cual siempre se han pretendido, implícita y explícitamente, modos diversos de enfrentar los prejuicios, desigualdades y exclusiones raciales, así como sus causas y consecuencias sociales. Sobran referencias a los conflictos raciales, a los modos en que se asumen e intentan resolverlos a través de la política, las acciones gubernamentales y el corpus jurídico de una nación que no incorporó legalmente a los sujetos negros como ciudadanos cubanos hasta muy avanzado el siglo XIX.

2. Los antecedentes

Basta revisar censos poblacionales, constituciones, historiografía y letras cubanas para constatar la compleja madeja que tejen en la historia nacional los asuntos raciales. La historia contada de las estrategias o políticas raciales en Cuba, generalmente, carece de su ingrediente principal: las voces y saberes de los sujetos racialmente oprimidos. Esa carencia verifica la instrumentalización de tal política como un ejercicio de dominación de un grupo social que trata de reajustar las necesidades y expectativas de los oprimidos a su antojo, manipulando la situación racial en función de intereses ajenos al grupo oprimido. Pocas veces se les reconoce como lo que son: sujetos marcados por la esclavización, violenta y convenientemente justificada por leyes, ciencias y cristiandad coloniales. El racismo constituye una herencia cultural con la cual, primero, las aristocracias, después las oligarquías y luego las burguesías, bajo el capitalismo, el socialismo y las democracias del siglo XX, siguen confirmando y sofisticando en el nuevo siglo XXI, novedosas formas de opresión contra una población negra, históricamente maltratada. Cuando decimos *raza* en Cuba, nos referimos a la población negra o afrodescendiente y cuando hablamos de racismo, se trata del racismo anti-negro, en términos casi absolutos, a pesar de los actos racistas que han padecido también hebreos y chinos entre la mezcla y diversidad que configura la población cubana desde sus orígenes hasta nuestros días.

Es preciso reconocer una tradición y una conciencia histórica sobre el tema, aunque no se haya trabajado mucho con estos elementos en el último medio siglo cubano. Las primeras ideas contra el racismo nacen entre esa población negra, capaz de dejar claro su negativa a todas las opresiones de que han sido objeto desde su llegada al Nuevo Mundo: la historia del racismo es también la historia de su negación, desde la colonia, a través de tácticas como el suicidio o la fuga, las sublevaciones, las rebeliones, el cimarronaje y otras estrategias que revolucionaron y marcaron la historia regional y universal. Estrategias organizativas diversas que van desde los cabildos al Ejército Libertador, desde las sociedades de color al Partido Independiente de Color y el Comunista, pasando por sindicatos, clubes, cofradías y parlamentos ilustran los espacios e itinerarios abolicionistas, libertarios, independentistas y democráticos donde la gente negra han librado interminables batallas para alcanzar su plenitud ciudadana en la historia de la isla.

El llamado periodo republicano fue la etapa que más proyectos, estrategias e instituciones de carácter racial ofrece a esta historia. Muchos serían los intelectuales, juristas y políticos cubanos de todos los colores de piel, filiaciones políticas y religiosas que dedicaron vida y obra a este empeño político y social. Saberlo indica la deuda que debemos a estos hombres y mujeres que nos antecedieron en dicha tarea y, a su vez, permite interrogar el vacío que sobre el tema abre la Revolución desde sus primeros años. En aquel entorno sociopolítico se desestimaron tempranas críticas a la herencia racista de la Revolución esgrimidas por Juan René Betancourt, Sixto Gastón Agüero, Walterio Carbonell y Carlos Moore desde sus variadas experiencias políticas negras. Pocos críticos negros fueron hostiles a la Revolución, la mayoría respetaba y reflejaban expectación ante la perspectiva revolucionaria de aquellos hombres de clase media blanca, capaces de renunciar y autocriticarse como clase, pero sin cuestionar su privilegio blanco. ¿O pensaron, erradamente, emancipar de la misma manera a blancos y negros, a pesar de sus respectivas historias diferentes?

No crear un espacio público para debatir lo específico de las desigualdades sufridas por la población negra impidió reconocer la diferencia entre tales desigualdades e intentar solventarlas involucrando a los propios afectados. Al negar a este grupo la acción afirmativa que disfrutaron otros –para los campesinos se elaboraron tres leyes de Reforma Agraria y las mujeres tuvieron el respaldo de la Federación de Mujeres Cubanas con varios programas–, los negros pierden el atajo emancipatorio que tuvieron grupos cuyo actual status ilustra el aprovechamiento social de estas medidas afirmativas, junto a las medidas universalistas que propiciaron el avance de

toda la sociedad. Estadísticas de hoy muestran cómo, sesenta años después, los más desfavorecidos –tanto del sector campesino como entre las mujeres– son personas negras.

El debate racial se cerró al mismo tiempo que las puertas de las Sociedades de Color y otras instituciones negras y mestizas que jugaron un significativo rol como espacio identitario de gran cohesión y movilidad sociales de la población negra durante la República, tal y como en el siglo XIX fueron los cabildos. Desapareció el espacio de representación institucional negra; sin embargo, se conservan los españoles, judíos, franceses, árabes o asiáticos, re-emergiendo en manos de nuevas generaciones. Es curioso que las sociedades negras fueron las únicas que no supieron transformar (¿o no se les permitió mantener?) tales espacios durante el proceso de cambio. Con dichas instituciones negras desaparece una tradición crítica antirracista que allí se fomentó de varios modos y muestran las publicaciones periódicas pre-revolucionarias, donde importantes escritores cubanos de todas las clases y color de piel se ocuparon de la cuestión racial a través de reflexiones y debates que también se disuelven desde el primer lustro de los años sesenta.

3. La cuarta batalla

Hay un vacío más difícil de interrogar: la ausencia de la problemática racial en *La Historia me absolverá*, el alegato de autodefensa de Fidel Castro durante el juicio posterior al asalto al cuartel Moncada en octubre de 1953. Durante esos años el presidente golpista Fulgencio Batista, auto-identificado como mestizo de origen humilde y también humillado más de una vez por el racismo institucional de la época, ascendió varios oficiales negros y mestizos, así como promovió una buena cantidad de personas no blancas en el cuerpo diplomático y en la estructura burocrática de su gobierno, creando una falsa filiación antirracista, a través de sus pactos con instituciones de la élite negra como el Club Atenas y con el propio Partido Socialista Popular (Comunista). Este dato, que suele ocultarse con mucha frecuencia, podría justificar la ausencia de la cuestión racial en el llamado Programa del Moncada, reelaborado por el propio Fidel durante los primeros meses de su prisión en Isla de Pinos. No se trata de un error casual, si agregamos la activa membresía de Fidel en la Liga Contra el Racismo durante sus años universitarios y su temprana amistad con importantes figuras antirracistas como Walterio Carbonell o Juan René Betancourt.

La primera estrategia racial pensada en el primer año de la Revolución por el propio Fidel Castro, notable a partir de su discurso del 22 de marzo de 1959, fue abortada por la hostilidad de la sociedad civil de aquel momento,

expresada en grandes debates públicos. Este proceso lo ha reconstruido acuciosamente la joven historiadora Milagros Álvarez Leliebre, desmenuzando cada una de las razones que la variada prensa epocal discutió y ofrece una valiosa clasificación de las tres tendencias de aquel antirracismo, con raíces en la experiencia republicana (Álvarez, 2021). Lamentablemente, faltó el consenso entre los diversos actores de aquel debate y la posibilidad de una estrategia racial –"la cuarta batalla", le llamó el propio Fidel– se convirtió en una batalla perdida, tras una difícil (y sorda) confrontación clasista y cultural, políticamente subestimada, cuyos adalides de sus mejores tendencias entonces no pudieron ganar.

La otra explicación que falta es la negación del conflicto racial, comienzan aparecer límites y temores que, como nueva variante del miedo al negro, emergió en medio de aquellos debates. Es una de las razones que produce el texto que clausura el primer debate sobre el racismo en la etapa revolucionaria: "La discriminación racial en Cuba no volverá jamás" (Carneado, 1962), aparecido en enero de 1962; es artículo concluyente de un avezado funcionario comunista que se convierte en pronunciamiento oficial y, curiosamente, un texto poco interrogado aún. A partir de este cristaliza el silenciamiento político del tema por considerarse la opresión racial abolida por el programa inicial de la Revolución y un posible pretexto de fragmentación social. Cerrar aquel debate antirracista fue un error estratégico de la Revolución. Fue como apagar las luces del parque.

Entonces, el racismo ocultó su expresión pública, pero siguió latiendo en el espacio privado, entre las redes profesionales donde la gente blanca fueron mayoría y entre los intersticios de la mentalidad social, donde el racismo se tornó sutil, incluso amable, pero aun excluyente, repartiendo chistes y clasificaciones hirientes. Durante aquel silencio oficial el discurso antirracista también sobrevivió fuera del espacio público y la conciencia racial se refugiaba en el seno familiar o en círculos afroreligiosos. La gente negra buscó, como antes, modos también silenciosos, de enfrentar el racismo durante los años revolucionarios en sus dos modos de existir: en las formas residuales del periodo anterior y en las nuevas formas discriminatorias generadas en el contexto socialista por un colonialismo interno generado y practicado dentro del mismo país en contra de las demandas históricas y actuales, legales y culturales de un grupo en particular: los negros cubanos. Aunque este es un grupo social tan heterogéneo como los demás, atravesado por vectores de clase, género, sexualidad, ubicación rural o urbana, etc., los describo aquí como personas que han sufrido o sufren, soportan, reconocen o callan cualquier tipo de discriminación racial (privada o pública, directa

o simbólica, laboral, mediática, policíaca, religiosa, cultural o de otro tipo) que, sea denunciada o no –generalmente no se denuncian-, denigra, humilla y ofende la dignidad y derechos de la persona y del grupo racial al cual pertenece (Zurbano, 2015).

Vale detenerse en el peso que la política norteamericana tiene sobre la cubana, aunque en el caso de la cuestión racial, se resiente que solo sea utilizada como respuesta a las agendas subversivas norteamericanas contra Cuba, reduciendo su complejidad a un tratamiento politizado, vacío de sus contenidos culturales e históricos. Trato, en otro texto, de enmarcar el diferendo entrambos países con respecto a la cuestión racial, que tuvo sus hitos más significativos en la primera década de la Revolución; periodo en que tuvo lugar el encuentro de Fidel Castro y Malcom X en el Hotel Teresa de Harlem, la construcción de un discurso político racista y contrarrevolucionario desde el exilio de Miami, la conexión con importantes figuras de las Panteras Negras, publicados e invitados a La Habana y la llegada de los primeros refugiados políticos de diversos movimientos afroamericanos. Algunos han testimoniado su presencia en Cuba como conflicto ideológico ante el tratamiento –a su juicio, racista–, que sufrieron en la isla. Denuncian sus dificultades para contactar con negros cubanos, a quienes critican su escasa conciencia racial, junto a otras visiones diferentes, pero no opuestas, que finalmente no fueron útiles para la causa emancipatoria de ninguna de las partes. Aun así, entre los afroamericanos sigue teniendo la Revolución una buena parte de sus aliados en Estados Unidos.

Este conflicto ideológico fue provocado por la *mala lectura* de la historia y la situación racial de Estados Unidos hecha por funcionarios cubanos, durante los sesenta, con la cual clausuran el diálogo entre diversas opciones políticas sobre la cuestión racial que pudo generarse en aquel momento panafricanista, no solo entre cubanos y estadunidenses, sino sumando caribeños y africanos, entonces muy cercanos en la lucha contra la descolonización y la opresión racista en el llamado Tercer Mundo. Dicha *mala lectura* revela subestimación del antirracismo como valor estratégico en la lucha descolonizadora y revela un fuerte prejuicio contra el antirracismo cubano, frecuentemente acusado de copiar modelos afroestadunidenses para explicar la situación racial dentro de Cuba: una falacia que insiste en desconocer nuestra tradición antirracista y, de paso, escamotear el rol antirracista que nos toca ejercer en la región. Tal y como se ha escamoteado y aun se trata de desconocer el rol histórico de la revolución haitiana en el pensamiento emancipatorio de todo el continente.

Solo digo que el capítulo oculto del exilio afroamericano en la isla podría develar otras claves sobre el terror del gobierno cubano a una política racial. Es un tema que la propia izquierda afroestadunidense se rehúsa a ventilar, por razones que no toca dilucidar aquí; pero valdría indagar sobre el rol de Cuba en el momento que más cerca estuvo de asumir una estrategia panafricanista, abortada con la muerte del Che. Trato de explicar por qué una política racial en Cuba no se define sólo desde la situación racial dentro de la isla, sino desde otras coordenadas escasamente consideradas, que se relacionan con nuestra conciencia afrodiaspórica y nuestro papel dentro del triángulo (Caribe, Estados Unidos y África), donde la elección del panafricanismo sigue siendo clave para asumir una estrategia racial con perspectivas regional y global.

Tampoco se desarrolló en Cuba un marxismo que tuviera en cuenta la historia colonial de un país caribeño, que aspiraba a construir el socialismo más cerca de Haití que de Europa. La Revolución Cubana heredó dogmas estalinistas que dieron al traste con la herejía del grupo de jóvenes marxistas nucleados alrededor de la revista *Pensamiento crítico* y sobrevivió la visión eurocéntrica con que históricamente el marxismo (mal) trató la cuestión racial, aun dedicándole una Internacional Socialista en 1929. En Latinoamérica, el Caribe y, particularmente en Cuba, sobran ejemplos de incomprensiones y conflictos raciales generados por el marxismo en el campo cultural, sindical y político.[2] Aun son desconocidos los pensadores negros marxistas de Cuba, como Sandalio Junco, Cesar Pinto Albión o Walterio Carbonell cuyas obras, desde la década del veinte del siglo pasado, abordaron tales asuntos. Tampoco se publicaron en Cuba los textos básicos del marxismo negro, una tendencia oculta en el reverso de la escolástica marxista.

Recuérdese, también, cómo fueron subestimadas por las estructuras oficiales en Cuba, diversas filosofías y metodologías descolonizadoras y emancipatorias, reconocidas en el continente, como la pedagogía del oprimido (Augusto Boal), la educación popular (Paulo Freire) y la Teología de la Liberación, cuyos valores de identidad y diversidad racial, religiosa, de clase, género u otras, instituyen formas de conciencia políticamente activas ante la explotación, el colonialismo, la discriminación y otras opresiones, que generan y organizan movimientos de reivindicación social y políticas identitarias, críticas y emancipatorias, sin las cuales no se explican los movimientos sociales y contrahegemónicos actuales.

4. Coordenadas de un debate silencioso

El reciente Programa Nacional Contra el Racismo y la Discriminación Racial en Cuba se erige sobre tal problemicidad histórica, cuya periodización, caracterización, virtudes, defectos e impactos sociales no son el objetivo de estas páginas; pero su reconocimiento aporta un alto significado crítico y propositivo que vale la pena tener en cuenta. A este Programa Nacional tributan comisiones de expertos con diagnósticos y propuestas hasta el año 2030. El Programa no especifica una institución coordinadora de su estrategia, pues el tema nunca alcanzó el status institucional o jurídico que requiere. Aun así, expresa una alta preocupación política y compromiso estatal resuelto, finalmente, a enfrentar un viejo conflicto social a cuya expresión contemporánea dentro de la isla he denominado *neoracismo:*

> (…) fenómeno que integra gestos, frases, chistes, críticas y comentarios devaluadores de la condición racial (negra) de personas, grupos, proyectos, obras e instituciones, sean cubanos o no. (…) en el mismo país antimperialista cuyos presupuestos ideológicos se declaran, por esencia, anticapitalistas, antirracistas y humanitarios, pero donde un chiste racista sigue siendo aceptado, compartido y celebrado hasta por algunos sujetos negros (Zurbano, 2012).

Si una política racial asoma en la sociedad cubana contemporánea, ha de ser bien recibida por lo que significa para el mejoramiento social y porque anuncia modos de superar el malestar de una población negra, asumiendo su urgencia crítica como responsabilidad de gobierno. Es buena noticia, si no se define por las exclusiones y elude la trampa de ser una tarea que se legitima sólo desde el deseo gubernamental. Dicha política surge bajo la presión de eventos, críticas y demandas raciales ahora observadas con menos prejuicios, en una accidentada línea del tiempo y el espacio político cubano que acepta y comprende, finalmente, las causas, consecuencias y expectativas de una estrategia compartida entre organizaciones, comunidades y personas que abordan las problemáticas raciales y racializadas, que ahora saltan desde el inconsciente político nacional hacia un espacio de visibilidad y resoluciones posibles. A este despliegue llamo política racial, en tanto, se configura como núcleo estratégico dispuesto a coordinar acciones comunicativas, académicas, institucionales y gubernamentales encaminadas a una transformación cultural e institucional de la situación racial en Cuba.

El conflicto racial en Cuba ha sido históricamente pensado desde una visión sesgada, que sobrepone marcados intereses de clase, grupo, tendencia

o ideología por encima de las necesidades históricas de la población negra, esta visión reproduce los prejuicios raciales y naturaliza *per se*, la desigualdad racial, evitando que ambos ejercicios sean vistos como un conflicto social; si acaso, como simple fatalidad. Así se obvian las demandas específicas de esta población negra, aplazándolas o reduciéndolas sólo a otros conflictos: de clase, género o religión, sin comprender la complejidad de lo racial en términos ideológicos, culturales y económicos, no solo políticos. Al clausurarse toda posibilidad de discutir la complejidad de expectativas, situación y saberes de este grupo racial, se pierde (o aplaza) un debate social que puede iluminar cuestiones como diversidad, representación, participación o ciudadanía.

5. Subversión versus antirracismo

Dígase que el debate político dentro de Cuba hasta los años ochenta fue muy escaso en sí mismo y mucho más en sus definiciones teóricas, en la conceptualización de sus problemáticas sociales y en la búsqueda de propuestas y soluciones gestionadas entre una comunidad de expertos y decisores, pues todas las decisiones eran tomadas de modo vertical, sin evaluar su impacto posterior. La problemática racial no escapó a este esquema, ni formó parte de las prioridades de la agenda política durante las décadas setenta y ochenta del siglo pasado hasta que el asunto no fue incorporado de manera visible por las agendas subversivas norteamericanas contra Cuba. Es el momento en que el Partido Comunista, las autoridades académicas y los órganos de inteligencia comienzan a escudriñar el tema racial, sin reconocer la complejidad del emergente conflicto racial ni la deformación de los presupuestos emancipatorios de la Revolución generada por el silenciamiento político del tema.

En las organizaciones de oposición política era difícil encontrar presencia y, mucho menos, liderazgo negro, pero en mitad de los años ochenta se fractura el monopolio de personas blancas dentro de la oposición, marcadamente racista o negada aceptar cuestiones raciales en décadas anteriores. La problemática racial emerge durante la diversificación que entonces tuvo lugar entre los grupos y partidos de oposición política en Cuba. La reconfiguración racial opositora fue leída por la policía política en clave demasiado local y prejuiciada ante el crecimiento de opositores negros, sin pensarla dentro del esquema de dominación imperial que, más allá de Estados Unidos, ofrecía otras salidas y discursos a la llamada disidencia cubana que iban de la social-democracia hasta políticas de representación e identidad. Tras la airada respuesta policíaca contra los opositores negros fue fácil a los diseñadores de la política subversiva contra Cuba insertar el significado

racial en sus programas. El racismo terminó siendo anhelada justificación incorporada a la subversión; escribo anhelada porque este deseo imperial no había encontrado oportunidad, ni siquiera a través de la discutida presencia de líderes afroamericanos, refugiados en Cuba desde los sesenta.

El debate racial cubano entre los años sesenta y ochenta fue un iceberg cuya parte superior se ocupó de los estudios sobre la esclavitud y las religiones afrocubanas; mientras la parte sumergida ocultaba un debate sordo, compartido entre unos pocos intelectuales y artistas, ausente en los discursos políticos y en las publicaciones de la época: un único libro puede encontrarse durante aquellos años, en cuya pretensión actualizadora su título anunciaba determinantemente la posición oficial ante la cuestión: *El problema negro en Cuba y su solución definitiva* (1986); su autor, Pedro Serviat, un viejo militante del Partido Socialista Popular (PSP), reprodujo con fidelidad la negativa partidista a asumir la complejidad de la cuestión racial.

Pocos años después, la caída del muro de Berlín trae una nueva perspectiva ante el asunto y descubrimos, ya en las puertas de los años noventa, que aunque de modo intermitente y discreto, venía articulándose una valiosa *summa* de autores y libros que, dentro y fuera de Cuba, abordaron dicha problemática desafiando las implicaciones del silencio oficial, desde un amplio abanico de propuestas que van de Walterio Carbonell, Carlos Moore, Pedro Deschamp Chapeaux, Pedro Serviat, Jorge Ibarra o Tomás Fernández Robaina, pasando por las alertas de Pedro Pérez Sarduy, Leyda Oquendo, Tato Quiñones hasta llegar a las investigaciones de María del Carmen Barcia, Inés María Martiatu, Juan F. Benemellis, Jesús Guanche, Alejandro de la Fuente, Gisela Arandia, Enrique Patterson y más recientemente, Oilda Hevia, Esteban Morales, Maria del Carmen Zabala, Víctor Fowler y Zuleyka Romay, sin obviar la dinámica que alcanzó el tema entre la sociedad civil "no autorizada"[3] de los años noventa, que fue sedimentando en prácticas comunitarias, artísticas e intelectuales de un temprano activismo social que derivó, ya en la primera mitad de los noventa, en movimiento antirracista de sostenido nivel de convocatoria social y política.

6. Aportes del activismo antirracista

Desde los primeros años noventa surgen organizaciones y plataformas ciudadanas de carácter antirracistas como La Cofradía de la Negritud, el Proyecto Color Cubano, el Movimiento de Integración Racial y el Comité de Ciudadanos por la Integración Racial. Luego, ya en el nuevo siglo, llegan Alianza Unidad Racial, Comisión José Antonio Aponte, Articulación Regional Afrodescendiente, Afrocubanas, Red Barrial Afrodescendiente,

Lo llevamos rizo, Afroatenas, el Club del Espendrú, Alianza Afrocubana y otras. Algunas tienen sus propios sitios web que promueven objetivos y acciones: los boletines desde La Ceiba, Observatorio Crítico y Aponte, así como los blogs Afromodernidades, negracubanateniaqueser, Afrocubanas, El palenque y Afrocubaweb, entre otros, asumen cuestiones identitarias y antidiscriminatorias entre las que se priorizan asuntos raciales. Las acciones de todas y cada una de estas organizaciones, gradual y simultáneamente consolidaron un entramado de acciones-reflexiones-reacciones públicas que denunció la re-emergencia racista de los noventa como un peligro para el proyecto socialista cubano. Y tuvo el mérito de romper el largo silencio políticamente forzado, desde la primera mitad de los años sesenta, a través de un lenguaje crítico, renovador y propositivo desde la práctica social y política del activismo antirracista y comunitario.

En los años noventa ese activismo antirracista dentro de la isla alcanza visibilidad y diversidad, buscando socializar y compartir sus propuestas en medio de la crisis económica. Así, se acercó a instituciones culturales y académicas que tenían la cuestión racial como objeto social, aunque no era prioritario su abordaje. Usualmente dichas instituciones recelaban del activismo antirracista, cuyas prácticas, saberes y propuestas rechazaban desde la estrecha visión vertical a la cual respondían. Estas visiones institucionales hoy abandonan la cautela con que, durante los noventa, recibían visitas de Trans-África, Pastores por la Paz, senadores del Black Caucus o del parlamento brasileño, donde explicaban a visitantes como Harry Belafonte, Danny Glover, Alice Walker, Lucius Walker o Abdías Do Nascimento las diferencias entre los negros de USA y de Cuba. Los visitantes sonreían al escuchar tales historias, casi nunca contada por los propios negros cubanos. Con paciencia, años después encontrarían un modo de intercambiar conversaciones, eventos y textos de nuestra tradición antirracista, sus figuras, instituciones y sucesos claves.

Vale nombrar las principales instituciones que tenían dicho encargo social, solo para recordar cuándo y cómo se emplazan frente al racismo: las fundaciones Fernando Ortiz y Nicolás Guillen, el Instituto de Antropología, la Casa de África, el Centro de Estudios de África y Medio Oriente, la Casa del Caribe (su festival y su revista) y la Casa Fernando Ortiz en Santiago de Cuba, el Centro Memorial Martin Luther King, Archivo Nacional de Cuba, la Sociedad Cultural Yoruba y otras que asumían discretamente tal encargo social y neutralizaban focos de resistencia activista que llegaban a sus predios. Pocas veces allí emergió el debate racial como una necesidad del socialismo y mucho menos se destacó el significado político del antirracis-

mo en un país caribeño. Luego, el tema comienza a aparecer, tardíamente, en *Del Caribe*, *Temas*, *Caminos*, *Catauro* y *La Gaceta de la UNEAC*, entre otras revistas cubanas que, ya en este siglo han dedicado dossiers y números enteros a la problemática racial.

La Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), en su efervescencia crítica de los noventa, mucho años antes del congreso de 1998, fue espacio para el debate antirracista a través de sus proyectos comunitarios y el Festival Caracol de la Asociación de Cine, Radio y Televisión, liderada por Lizette Vila, cuyo activismo abrió muchos closets en nuestra sociedad: allí nació Color Cubano, en la primera mitad de los noventa, proyecto crítico que cada mes removía prejuicios al estilo de su coordinadora Gisela Arandia. Comienza a sistematizarse un debate público sobre la cuestión racial y un ambiente crítico que tuvo un importante momento de catarsis social y crítica política un mes antes del Congreso, durante una asamblea en la Fundación Fernando Ortíz. Al VI Congreso de la UNEAC, realizado del 5 al 7 de noviembre de 1998 el tema racial llega como un punto clave de su agenda, no totalmente consensuado, pero sí argumentado suficientemente. El actor Tito Junco es quien lanza el tema al ruedo en medio del congreso, desde una emotiva reflexión. Minutos después, el propio Fidel Castro analizó crítica y autocríticamente el racismo y su actual emergencia, como consecuencia de percepciones políticamente equívocas, trazando un arco desde la Cuba pre-revolucionaria hasta los años del Periodo Especial que asombró por la detallada actualización con que el líder abordó el asunto por casi tres horas de análisis.

Aunque sus palabras no fueron publicadas ni siquiera en las memorias del congreso, fue un tema en que Fidel Castro insistió durante los consejos nacionales de la UNEAC, en los dos años siguientes. En esa etapa *Color cubano* sistematiza su labor y, tras un análisis de la cultura política, más allá del activismo, se convierte en grupo de presión que articula la crítica de la gestión estatal con propuestas a instituciones gubernamentales como el Ministerio de Cultura y la Asamblea Nacional. El Consejo de Estado, en el 2003, crea la Comisión contra la Discriminación Racial, bajo la egida del entonces vice-presidente Esteban Lazo, que sesionó en el Palacio de la Revolución hasta el 2005. Luego, dicha comisión reaparece en la Biblioteca Nacional, coordinada por Eduardo Torres Cuevas, entonces director de dicha institución; donde se "frizzó" entre acuerdos, desacuerdos e ilusiones perdidas.

7. Dos pasos adelante y tres pasos atrás…

Las pequeñas y grandes batallas del antirracismo en el último medio siglo cubano tienen lugar a contracorriente del pensamiento institucionalizado y políticamente correcto, ambos recelosos de la crítica antirracista, sin reparar en la humillación que produce la herida antirracista en buena parte de nuestros familiares, compañeros y amigos. Cuesta gran esfuerzo que nuestra mentalidad social incorpore la crítica antirracista como ejercicio de emancipación social. Resulta difícil denunciar los contextos en que el racismo crece, cómo funcionan sutiles formas de exclusión social, cuáles espacios toleran discriminación y por qué resulta tan difícil su crítica o denuncia públicas. La demanda antirracista cubana es aun escasa, quizás porque no existen las instituciones que asuman tal demanda[4] o porque tal acusación es difícil de aceptar, (de) mostrar y juzgar. Otras demandas (feminista, antihomofóbica, ambientalista o animalista) logran visibilizarse, no desde un mayor consenso social, sino desde un mejor entrenamiento público, organización social y comunitaria contando, además, con el apoyo de importantes figuras públicas, políticas o no.

Sin embargo, *Color Cubano*, el paradigmático proyecto antirracista de la UNEAC, fue abortado por la propia institución, tras su Congreso del 2008, más de una década después de una ingente labor que colocó el tema en la agenda nacional y aportó visibilidad y sentido políticos a la problemática racial en Cuba. Pagó el precio de su precocidad y autonomía institucional, su alcance regional y nivel de participación en una agenda política antirracista regional que no era controlada por los gobiernos, pues formaba parte de los movimientos sociales latinoamericanos, muy activos en la primera década de este siglo. *Color Cubano* fue un proyecto transgresor y responsable, de asunción local y global, debate cultural y acciones comunitarias, todo a la vez, con gran capacidad de convocatoria y alianzas con instituciones y organizaciones gubernamentales o no, dentro y fuera de Cuba. Meses después surge la Comisión Aponte, marcada por una visión culturalista que disolvió logros del activismo antirracista y asumió una visión prejuiciada sobre figuras y grupos antirracistas como puede leerse en su informe[5] para el Programa Nacional Contra el Racismo y la Discriminación Racial.

Esta breve (e incompleta) genealogía crítica y asociativa no es posible entenderla sin la persistente tradición antirracista del campo cultural cubano. Su acumulación de imaginarios, discusiones y conceptos fueron el mejor reservorio del antirracismo durante casi cuatro décadas de silencio político. Son figuras, grupos, obras y tendencias que desde la literatura, el teatro, el

cine, la plástica, la etnografía, la danza y la música ofrecen un panorama reivindicativo de nuestras raíces africanas y de nuestra historia como grupo social. Sus obras expresan conflictos, procesos y realidades desde visiones identitarias que sistematizan lo racial, desde una profundidad crítica, estética y propositiva que influye, más allá de lo cultural, sobre lo que en mitad de los años noventa viene a configurarse como un movimiento antirracista cubano.

Este movimiento se conectó orgánicamente con líderes, organizaciones y redes antirracistas dentro de los movimientos sociales en América Latina. La presencia cubana halló comprensión y entrenamiento para el análisis crítico de nuestra situación racial y la valoración de las ganancias que la Revolución cubana aportó a su gente negra. Allí se intercambiaba críticamente sobre los conflictos raciales de cada país entre líderes comunitarios, estudiosos y otros miembros de lo que identifico, sin mucha pretensión, como un círculo o comunidad antirracista, actuante dentro y fuera de la isla, desde emplazamientos teóricos y políticos diversos, cuyas acciones críticas y comunitarias tributaban al intenso debate sobre el racismo. Aquí confluyen autores cubanos que viven fuera de la isla (Carlos Moore, Pedro Pérez Sarduy, Iván Cesar, Juan F. Benemelis, Alejandro de la Fuente u Odette Casamayor), junto autores no cubanos (Aline Helg, Frank Guridy, Lisa Brook, Linda Howe, Agustín Lao Montes, Devyn Spence, y Chester King, *et.al*). Este círculo o comunidad logró, sin mucho esfuerzo programático, organizar acciones, publicaciones y eventos de tipo comunitario, cultural y académico que sistematizan el tema y le colocan en agendas de instituciones políticas, académicas, gubernamentales o no, dentro y fuera de Cuba.

8. El significado político de una estrategia racial

Dar cuenta de un vacío histórico permite leer dicho vacío no como ausencia, sino como intervención sobre lo que ha generado ese vacío. Una política racial ha de ser consciente de la desposesión histórica sobre la cual trabaja, de las carencias conceptuales y la poca discusión pública sobre el tema, así como del efecto que generan acciones específicas dentro del sector y de otras acciones de redistribución que generen aprovechamiento para este grupo. Los actores que definirán esta política serán claves para definir su diseño conceptual y político: el modelo teórico elegido marcará el rigor e impacto social de tal política. Se debe asumir varios modelos, combinando acciones y metodologías diversas, por la complejidad del asunto.

Sin embargo, asumir el término de *vestigios* para identificar el tipo de racismo a enfrentar es, cuando menos, una limitación metodológica y reduce el esfuerzo emancipatorio ante la crudeza de un conflicto que no solo

es capaz de renovarse, tras ese modo paternalista que convirtió al racismo en el gran fantasma ideológico de la Revolución, sino que generando su propia mutación dentro del actual contexto: insisto que estamos en presencia de un *neoracismo,* producto de nuevos contextos y procesos sociopolíticos en las últimas décadas. Por otro lado, si las teorías de Fernando Ortíz presiden acríticamente la visión política sobre la cuestión racial, reciclaremos conceptos desestimados por rigurosas tesis antropológicas y sociológicas, como ajiaco o mestizaje, para solo poner dos ejemplos controversiales. No dicto teorías ni autores, solo sugiero el ejercicio crítico ante la actual vastedad teórica a la hora de definir la opción epistemológica de la política. Lo importantes es para qué, cómo y para quiénes tiene sentido una política racial en Cuba hoy.

Sería saludable para esta política asumir un concepto participativo y colaborativo de actores y fuerzas institucionales, ciudadanas y políticas, cruzando información, acciones y resultados en una misma plataforma, sin esperar un ambiente paradisíaco sino comprensivo de las complejidades y tensiones propias de un proceso de transformación cultural y material, que también será espacio pedagógico, de creación cultural y crecimiento colectivo. Habrá que superar la sospecha –unas veces ideológica, otra disciplinaria– con que se tratan los campos académico, político e intelectual ante ciertos temas de la agenda nacional; el racismo es uno de esos temas que revelan grandes tensiones entre sus respectivas competencias.

Esos campos que ahora confluyen afirmativamente frente a las problemáticas raciales del país, deberán entender el activismo antirracista como una práctica social contestataria, que paga el desafío de adelantarse a las convenciones políticas y académicas produciendo un conocimiento situado y una serie de conceptos y enfoques avalados en la práctica social. El intercambio entre dichos campos disolverá las antiguas tensiones. Una política emancipatoria ha de revisar permanentemente su modo de construir hegemonía y consensos, manejar diferencias y heterogeneidad, mas incorporar todo lo que contribuya al éxito común. Se trata de un modelo de intercambio inusual en Cuba, que enfrentará resistencias, si falta la necesaria voluntad política.

Vale la pena recordar algunos antecedentes claves de esta política, incluso allí donde no se anuncian. Tras la Cumbre Mundial contra el Racismo, tuvo lugar en Cuba lo que Fidel Castro llamó "Batalla de ideas", conjunto de programas que revisaron errores y conflictos sociales como el desempleo, la prostitución, la corrupción y otros, ante los cuales se desplegaron recursos humanos y materiales desde acciones emancipatorias –como la municipalización de la universidad, entre otras–, a partir de encuestas y diagnósticos

sobre pobreza, población penal, tráfico de drogas, desvío de combustibles, etc. Son los años en que Fidel Castro dialoga sistemáticamente con artistas, intelectuales, pedagogos y cientistas sociales sobre temas críticos, entre los cuales siempre estuvo el racismo. La Batalla de ideas generó investigaciones sociales –indicadores raciales incluidos– sobre mercado laboral, vivienda, familias matrifocales, etc., y aplicó acciones afirmativas cuyo efecto dinamizador se constató en sectores como el empleo, la educación, el turismo y otras. Aunque no se reconoció públicamente, muchas de aquellas medidas, intencionalmente racializadas, proyectaron una estrategia racial que visibilizó e impactó en la población negra.

9. Un esfuerzo para articularnos en la región

Cerrando el Año Internacional Afrodescendiente (Noviembre del 2011), coincidimos en Brasil con varios activistas de la región que en el mes de junio durante el IV Encuentro de Afrodescendientes y Transformaciones Revolucionarias en América Latina y el Caribe, en Caracas, ante la presencia de Hugo Chávez, habían creado la Articulación Regional Afrodescendiente de las Américas y el Caribe (ARAAC). Casi un año después, en septiembre del 2012, treinta líderes y activistas de Venezuela, Costa Rica, Colombia, Uruguay, República Dominicana, Puerto Rico y Cuba abrimos el capítulo cubano de ARAAC-Cuba, en los predios de la Fundación Ludwig, con presencia de varias instituciones cubanas gubernamentales y no gubernamentales. Pronto llegaron las resistencias burocráticas que impidieron establecer un mecanismo local y transnacional, desde Cuba, que manejara demandas antirracistas, con pretensiones de exigir políticas públicas en el país y la región. El ambicioso proyecto, inicialmente tolerado, fue saboteado, no por criticar el bajo perfil que se dio al tema en Cuba, sino por la ausencia de mecanismos locales que manejaran decisiones ante demandas y pronunciamientos de carácter racial desde la isla. ARAAC desplegó una metodología interseccional a través de varios ejes de trabajo, para abordar transversalmente temas y conflictos, directa e indirectamente, afectados por el racismo. Tal perspectiva metodológica es un aporte de ARAAC, hoy incorporando a la nueva estrategia, aunque no reconozca su origen. Tal proceso muestra cuánto la nueva política extrae del activismo social.

Hago constar que una política racial en Cuba es, sobre todo, el resultado de posiciones, organizaciones y acciones no gubernamentales que, de manera fragmentada, alegal y emergente, pero diversa, creciente y activa desbordaron los marcos de comprensión y permisibilidad políticas del Estado cubano durante más de treinta años. Tal proceso expresa una subjetividad

política, crítica, reivindicativa y creadora, compartida por sujetos negros, hoy transformados en sujetos políticos fortalecidos, tras un largo proceso de subestimación política de su identidad racial. Dichas acciones, aun dispersas o faltas de la centralidad que imante sus intereses y proyectos, tienen lugar en espacios comunitarios, culturales, religiosos, digitales, de salud o emprendimiento, también a través de organizaciones sociales y otras vías de concientización articuladas como micropolíticas raciales que multiplican su efecto y visibilidad social en la Cuba del siglo XXI.

10. El nuevo contexto local y sus prácticas raciales

Tampoco será un sobresfuerzo al que el país dedique gran energía y recursos. Las carencias de la realidad cubana no son más abrumadoras que en otros países del continente donde se han establecido políticas raciales, decretos ministeriales y territoriales, junto a otras acciones afirmativas de impactos sociales, políticos, jurídicos y económicos de cierta temporalidad y alcance; a pesar de limitaciones estructurales, instituciones tradicional excluyentes e inevitables resistencias de élite y clase que acompañan al racismo en todas partes. Aunque en nuestro país también hay razones estructurales que harán difíciles las políticas de equidad social y racial, pensamos que esta labor no será tan abrumadora, pero sí un esfuerzo sensible y de alta complejidad que requiere capacitarse y concientizar las difíciles problemáticas a resolver.

Pondré sólo un ejemplo para comprender cómo ciertas prácticas, inconscientemente, reproducen visiones prejuiciadas y erróneas: En una visita al Museo del Esclavo Rebelde en Triunvirato, Matanzas, noté que se reduce el significado de la visita de Mandela a Cuba, en la antigua casa del mayoral, donde se exhibe, en respetuosa síntesis, la huella militar cubana en África y el listado de quienes cayeron luchando, también contra el racismo. La ruinosa muestra dedicada a los sujetos del cimarronaje, base libertaria de las rebeliones, guerras y revoluciones que se han sucedido en Cuba, revela la privilegiada atención museográfica que recibe la familia esclavista en detrimento de los negros cimarrones y del proceso de sublevaciones que el sitio intenta representar. Tal descuido metodológico indica otra obligación de la política racial: un emplazamiento epistemológico que defina y proyecte con acierto al cimarronaje como parte del núcleo antirracista e independentista en la historia de Cuba.

Este "descuido" museográfico no es casuístico, sino que advierte la carencia epistemológica desde la cual operan muchas instituciones cubanas que, inconscientemente, reproducen racismos en el pensamiento institucional, permeando conceptos y programas culturales. Este racismo institucional

no debe confundirse con el racismo estructural, algo más complejo porque implica estructuras y superestructuras de la sociedad articulando, de modo hegemónico, la política y la economía en función de ideologías excluyentes. Urge desplegar las herramientas teóricas adecuadas que asuma el espacio institucional como terreno de luchas ideológicas y culturales contra agendas eurocentricas o marcadas por el colonialismo cultural, acomodado acríticamente en el pensamiento institucional. Allí debemos insertar conceptos reivindicadores que superen silencios y deformaciones históricas.

11. Los desafíos de una política racial en Cuba

Una política racial en Cuba debe reparar en las redefiniciones ideológicas y políticas que hoy tienen lugar en nuestra sociedad, provocando conflictos difíciles de explicar sin un análisis racializado. Pondré solo un ejemplo para constatar cómo el cambio de paradigma epocal, largamente anunciado, inserta lo racial en un contexto de mayor complejidad: El Movimiento de San Isidro,[6] es un conflicto que parece un simple caso de insubordinación político-racial, subvierte el debate racial cubano y rebasa el esfuerzo crítico con que organizaciones antirracistas surgidas durante los años noventa en circuitos intelectuales y académicos lograron colocar este tema en la agenda pública nacional, sin desbordar el marco institucional ni la vertical institucionalidad (cultural, gubernamental y política) al uso. Con la irrupción del MSI este debate desborda toda frontera (cultural, académica e institucional) para centrarse, con buen manejo mediático, en el espacio de los derechos humanos y en la crítica sistémica al Gobierno, contrario a la esperanza del debate anterior en ser incorporado a la voluntad política del esfuerzo emancipatorio de 1959. El actual debate rechaza la lógica vertical y sus reglas institucionales; partiendo de acusaciones y denuncias de eventos racistas desde un emplazamiento radical, políticamente cercano a (o parte de) el proyecto subversivo de Estados Unidos contra la Revolución. Es curioso que, a pesar de tales emplazamientos, buena parte de sus críticas no pierden legitimidad y coinciden con las del viejo debate, a pesar de sustanciales diferencias entrambos.

Crecieron las diferencias ideológicas en la medida que el conflicto se racializó en términos extremos. Se rompe el axioma donde la Revolución subordina la conducta política de los negros al agradecimiento de estos al proceso, sin fortalecer su identidad racial para que sus aportes fueran más reconocidos que su agradecimiento. La identidad racial es también una identidad política en sí misma, si halla el modo de afirmarse como tal; es decir, auto-reconocerse ante la opción histórica y política (izquierda, derecha,

etc.) como sucedió a otras identidades (clase, género o religión). La escasa disquisición sobre la subjetividad racial entre nosotros, generó muchas visiones superficiales o equívocas sobre estos procesos ideológicos donde lo racial explica y define más de una elección.

El análisis contextual de las formas y espacios de vida, expresiones culturales y expectativas sociales y políticas de la población negra en Cuba han sido poco abordadas y atendidas más allá de las medidas universalistas que aplica la Revolución Cubana desde 1959 y que hoy se saben insuficientes, tal y como expresara el propio Fidel Castro en la larga entrevista a Ignacio Ramonet:

> La revolución, más allá de los derechos y garantías alcanzados para todos los ciudadanos de cualquier etnia y origen, no ha logrado el mismo éxito en la lucha por erradicar las diferencias en el status social y económico de la población negra del país. Los negros no viven en las mejores casas, se les ve todavía desempeñando trabajos duros y a veces menos remunerados, y son menos los que reciben remesas familiares en moneda exterior que sus compatriotas blancos (Ramonet, 2006).

Esta situación racial es la que pretende afrontar el Programa Nacional Contra el Racismo y la Discriminación Racial sesenta años después del triunfo de la Revolución Cubana, durante ese periodo se naturalizó la subestimación de las problemáticas raciales y ante tal ceguera crecieron nuevas formas de opresión racial, ahora visibles en desigualdades de diverso tipo, en las diferencias materiales y en la marginalización de los barrios de mayoría negra y mestiza. Esta complejidad no solo expresa carencias materiales, sino también el deterioro de la resistencia cultural y política de los sujetos negros, cuyo horizonte utópico socialista desapareció. Aún así, sigue resultando difícil que el pensamiento institucional asuma que las carencias de una política racial han generado en la población negra la actual polarización de sus conductas, expectativas y fidelidad al proceso social. Dicha polarización explica, en buena parte, la amplia presencia de personas negras en las manifestaciones antigubernamentales del pasado 11 de julio del 2021, incluyendo la participación de estas personas en los actos vandálicos, con los cuales muchos de ellos esperaban paliar sus condiciones de vida. Se necesita algo más que explicaciones retóricas y campañas mediáticas para comenzar a subvertir la compleja situación antes descrita en el año 2006 por el líder histórico de la Revolución que, ha seguido deteriorándose en un doble sentido: material e ideológico.

La intelectualidad negra y de raíz popular en Cuba hoy ¿podrá evaluar, desde su propia experiencia de vida, el vínculo que nos une o separa de esta experiencia? ¿Sabrá recuperar el significado político de lo racial y separarlo de su manipulación? ¿Tiene sentido acompañar, cuestionar o rechazar el proyecto revolucionario sin más operaciones críticas a su empeño socio-político y las consecuencias por venir? ¿Por qué seguimos sin debatir estos temas, sin construir espacios para este tipo de debate, sin articular una institucionalidad que se ocupe específicamente de tales problemáticas, recibir respuestas? Hay aquí un malestar que triangula muchos deseos: La molestia de la discriminación racial en sí misma, la molestia del mal uso político de lo racial y la molestia de un racismo latente, también político y anti-popular, que se esconde tras la corrección, los *new business y* la protección de la propiedad privada de las nuevas clases. Ningún debate racial es sobre el color de la piel, sino sobre cómo el poder excluye o incorpora a un grupo social, asume sus prácticas y comparte sus significados políticos en la redistribución social y económica. Si la conciencia racial configura acciones colectivas en esta nueva época, dicha conciencia debe ser compartida no solo entre personas negras, sino activarse más allá, en la dignificación y justicia para todos. Los nuevos códigos raciales se insertaron en la guerra cultural y habrá que incorporarlos, apropiándolos como herramienta crítica emancipatoria u opción política, ¿por qué no?

12. Un contexto internacional colaborativo

Súmese a ello que, tras la Cumbre Mundial contra el Racismo (Durban, 2001), los organismos internacionales sistematizaron la revisión de firmas y compromisos de gobierno ante las resoluciones sobre discriminación racial en el marco de los derechos humanos. Con ello, presionan a los países signatarios de tratados y convenciones internacionales, donde Cuba presenta logros y dificultades, recibe propuestas y recomendaciones, incorporando una dinámica internacional, insuficientemente abordada en la prensa nacional, pero que implica un marco de obligaciones legales del Estado ante su situación racial y la correspondiente adecuación de políticas públicas que expresen la responsabilidad contraída a ese nivel.

Un dato relevante en el plano internacional (poco divulgado en la isla) fueron las 15 recomendaciones que se le hicieron a Cuba, en agosto del 2018, en el Examen Periódico Universal (EPU) de los Derechos Humanos, del Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial (CERD), órgano establecido en virtud de la Convención Internacional sobre la eliminación

de todas las formas de discriminación. La implementación del Programa Nacional Contra el Racismo y la Discriminación Racial en la isla, en noviembre del 2019 también responde a las críticas y al cumplimiento de las recomendaciones del CERD. La adopción del Programa Nacional fue anunciada públicamente en Naciones Unidas el 12 de marzo del 2020, durante el panel dedicado al debate sobre la revisión de medio término de la Década Internacional de las Personas Afrodescendientes y la Conmemoración del Día Internacional para la Eliminación de la Discriminación Racial fue una noticia gratamente recibida por la comunidad internacional.

Otros fenómenos como el de las Afro-reparaciones requieren un abordaje más específico sobre la posición afirmativa de altos representantes cubanos (Fidel y Raúl Castro, particularmente) en foros internacionales y regionales; pero aun se desconoce las acciones de Cuba al respecto y siguen sin generarse en la isla debates o explicaciones sobre un tema tan complejo y emergente. Este fenómeno tiene sus variantes en el Caribe y Latinoamérica, que expresa simultáneamente la fragmentación y la diversidad del campo antirracista; también su desarrollo y sus contradicciones en ámbitos locales y regionales donde el racismo escala exitosamente. La colonialidad explica buena parte de esta fragilidad que impide articularnos mejor; carecemos de agendas estratégicas (locales y regionales, ciudadanas y gubernamentales) ante dicha colonialidad que permitan replantear tareas y alianzas entre las prácticas antirracistas de la región.

13. De la identidad racial a la identidad política

Cuando se habla en Cuba u otros países de la región sobre las figuras políticas negras no se repara en el esfuerzo con que dichos sujetos, desde su origen y condición racial, construyeron su itinerario político. Es común la visión paternalista (y eurocéntrica) ante ese esfuerzo, que devalúa la carga racial en su entrega política y reduce la estima racial de dicho sujeto. Quizás por ello sea difícil encontrar en la política cubana líderes negros que hablen de su identidad racial más allá de su fidelidad y agradecimiento al proceso revolucionario. Asumen lo racial de modo elusivo o culposo, pues el silencio sobre dicha problemática reprimió durante mucho tiempo el valor social del orgullo y la conciencia raciales, desconfiando de estas y reduciéndola a un accidente biológico. Así, en la experiencia de estos políticos negros cubanos se va perdiendo el contenido de la emancipación racial, sin que lo noten como carencia o mutilación en su psiquis e ideología. Tal carencia es muy notable en su proyección pública, cuando intercambian con otros

líderes negros de la región; pero más visible aun cuando el discurso político doméstico muestra insuficientes espacios y herramientas para enfrentar los diversos debates que ayudarían a esclarecer y asumir los conflictos raciales de nuestros países y su itinerario en nuestra historia más reciente.

Es paradójico escuchar críticas hechas por figuras antirracistas a los pocos políticos negros conocidos. Esas críticas revelan un conflicto ideológico muchas veces insoluble en la práctica política; pues si ambos no comparten el mismo significado de la conciencia racial, sus posiciones resultaran, incluso, ideológicamente opuestas; depende de cómo el significado racial se incorpore al ejercicio político y del rol que tiene el pensamiento antirracista para unos y otros. Si en un líder antirracista este pensamiento es prioritario y en un funcionario (negro) del partido comunista o del gobierno, la cuestión racial resulta subestimada o suprimida, será difícil encontrar entre ambos un punto intermedio que permita visibilizar la cuestión racial en una comprensión dialéctica y, por tanto, se convierte en una contradicción política.

Ante tal contradicción ¿Cómo articular una política racial que integre visiones diversas? ¿Podremos insertar la conciencia racial en una visión política que reconozca sus prejuicios? Pensar en términos emancipatorios requiere superar los modos binarios en el análisis de problemáticas identitarias; pues si dejamos solo a las mujeres el discurso feminista y solo a los negros, indígenas y otros *color´s people* la conciencia antirracista no saldremos de los círculos tramposos de la dominación. Aunque lo racial otorgue un *plus* reivindicativo al feminismo, la homosexualidad, el cristianismo u otras experiencias racializadas, no veamos tal complejidad como un problema "de negros", sino dentro de un conflicto mayor correspondiente al discurso de género, diversidad sexual, religiosidad, etc. Revisemos, también, nuestra probable cuota de colonialismo interno con la cual reducimos el significado de un proceso cultural a un simple estereotipo, es decir, deformamos el sentido social con que opera el antirracismo (como valor crítico) frente al racismo (como modelo de dominación cultural).

Restar importancia al color de la piel en un contexto que insiste tanto en el mestizaje, es devaluar la identidad negra y desmovilizar sus demandas histórico-sociales en una nación donde esa identidad está marcada por pretextos coloniales, diseños imperiales y manejos políticos de élites eurocentradas que históricamente excluyen al negro. La conciencia racial del sujeto negro podría enfrentar críticamente este devenir histórico que lo ha marginalizado, si la dominación no fuera un proceso tan complejo que instala en su mentalidad de sujeto dominado la enajenación, autodevaluación y violencia que lo llevan a reproducir la dominación. Así se

repiten los ciclos de pobreza y violencia, crece la población penal negra y muchas agendas políticas eurocentradas (de izquierda o derecha) manipulan esas masas marginalizadas, poniendo sus necesidades en función de intereses que no las incluyen. El activismo antirracista comienza enfrentando la resistencia ante la enajenación y el rechazo a hablar de raza; incluso entre personas negras, cuya baja autoestima termina culpando a su condición racial de su situación social. Es uno de los daños al tejido identitario que labra el silencio político ante la cuestión racial. Subestimar el peso del debate racial es dejar una herida abierta, no solo ante el dolor histórico, sino ante las demandas del presente.

13. El antirracismo cubano: Un campo heterogéneo

Otro modo en que puede leerse este conflicto es asumiendo al antirracismo cubano –tan maltratado hasta ayer por el gobierno– como un campo político heterogéneo. Su pluralidad, antes silenciada e impensable, ahora nos coloca frente a diversos modos de ser antirracista en Cuba, que obligan a redefinir los marcos de la política. Diversas tendencias antirracistas apuntan a blancos ideológicos que enuncian respuestas diferentes frente a los racismos que resurgen o nacen en la isla: Primero: la presencia de un antirracismo independentista de larga data, recuperado en los noventa a través de un activismo que, con cierta resistencia, coloca el tema en la agenda nacional, aunque se desentiende de su visión radical y cimarrona. Segundo: un antirracismo disidente, al cual el MSI se acerca o renueva, conectado al antirracismo opositor creado a finales de los años ochenta por varios líderes negros que comienzan a visibilizarse en partidos y grupos de oposición que en décadas anteriores rechazaban las agendas antirracistas. El tercer antirracismo, recién y públicamente asumido por el gobierno, tras el anuncio en noviembre del 2019 de un Programa Nacional Contra el Racismo y la Discriminación Racial, cuyos ejecutivos aparecen frecuentemente en televisión cubana. Y, un cuarto antirracismo de derecha, activado en espacios digitales y televisivos de la Florida, que incorpora el racismo insular *cuasi* como novedad en los discursos políticos miamense y cubanoamericano, aunque no es más que el reverso del viejo racismo cubano de Miami, ahora subvertido y manipulado a su antojo por la retórica trumpista y las redes sociales.

Aprovechando la cautela estatal cubana, los expertos en subversión de Estados Unidos contra el gobierno de la isla, desplazaron el debate antirracista hacia el escenario mediático de Miami, un campo de batalla

que despliega sagazmente tácticas de corto y mediano plazo, incluyendo la veloz apropiación de un discurso antidiscriminatorio que brilló por su ausencia en la era Trump. Llegados a este punto, también cabe preguntarse si esta sofisticada operación mediática influirá sobre la considerable masa de afroamericanos, aliados de la Revolución cubana, que podrían asumir esta visión miamense y cubanoamericana sobre la situación racial en Cuba hoy. *Who knows?*

Lo racial se instrumentaliza velozmente, subordinado a la crítica sistémica contenida en ciertos discursos antirracistas que ahora amplían las bases demográficas de la oposición política, dentro y fuera de la isla. Y logran algo muy perverso: subvertir la ecuación racial estadunidense, aplicando sus lecturas a la situación racial cubana y equiparando ambas experiencias negras, por encima de sus diferencias. Ante dicha instrumentalización, sólo es posible responder con una política racial en la isla que reconozca sus tres errores claves: Primero: evadir el significado político que el antirracismo aporta al pensamiento crítico de izquierda. Segundo: subestimar el activismo antirracista e independentista cubano que aun defiende los presupuestos libertarios de la Revolución. Tercero: impedir una crítica ideológica al antirracismo de derecha y al capitalismo negro, particularmente durante la visita de Obama. Resolver tales errores estratégicos no aparece en la nueva agenda política-gubernamental de la isla.

Luego, también es crucial entender cómo se instalan, entre nosotros, los nuevos lenguajes identitarios del multiculturalismo, las políticas de identidad, los nuevos cristianismos, los movimientos sociales y la globalización cultural que identifican y trabajan sobre una diversidad de personas, comunidades, organizaciones, políticas y tendencias negras. No es una masa homogénea: contiene variedad etaria, sexual, religiosa, de orientación sexual, distinciones de clase, (aunque debemos hablar de una mayoría obrera y pobre, que sufre más las discriminaciones y desigualdades), sin olvidar que el matiz más claro u oscuro de la piel constituye otra marca social. Esa diversidad de experiencias raciales, modos de enfrentar el racismo y, consecuentemente, de varios caminos para llegar a una conciencia antirracista; explica algunos conflictos entre negros y mulatos o los debates sobre denominaciones o auto-denominaciones como afrocubano, cubano negro y afrodescendiente, con que ciertos lenguajes e ideologías se disputan la subjetividad negra en el espacio político cubano.

Otro vacío estratégico es la ausencia de figuras negras como modelos de éxito y prestigio social. Muy pocas resisten la avalancha que insiste en devaluar historia e imagen del negro cubano. Es el momento de asumir la

figura y el pensamiento de Antonio Maceo, quien supo colocar el abolicionismo a la altura de la independencia en el pensamiento cubano. Su obra, apenas abordada con la sistematicidad que merece, constituye una clave del antirracismo cubano, en tanto encarnó en práctica política, no idealizada por el *deber ser*, sino basada en la cruda realidad y en función de la gente de *a pié* con la que contaba y contamos para conseguir no solo la independencia, sino también *toda la justicia*, como pedía Martí.

El maceísmo ofrece una crítica visceral y, al mismo tiempo, respetuosa ante cada idea, evento o persona racista: elaboró un discurso desde su propia condición racial que une experiencia cívica a la crítica del racismo, al cual nunca enfrentó como prisionero del color, pues asumió la discriminación racial como una relación de poder, donde el silenciamiento y las definiciones excluyentes de nación fueron y son parte de ese poder. Otorgó especial significado a la acción libertaria de los esclavizados que ganaron su libertad durante la guerra, a quienes, más de una vez, defendió del saber letrado, privilegio de oficiales-bachilleres del propio Ejercito Mambí. El apostolado maceísta crece entre jóvenes masones, dentro y fuera de Cuba, con el mismo fervor que un siglo atrás familias negras del Caribe, Estados Unidos y Centroamérica inscribían a sus hijos con el nombre de Maceo. Toca asumir su estrategia para enfrentar hoy nuestra cuestión racial, acompañar la experiencia de los discriminados y compartir agencias emancipatorias más allá de modas y fronteras.

No quiero subestimar las modas ni la impronta esteticista, pues las luchas identitarias las han convertido en campo de reivindicaciones. No es casual que en la última década surgieran una docena de proyectos antirracistas cuyo fundamento parte de dos signos claves en la imagen negra: el pelo y la piel. (Lo llevamos rizo, El Club del Espendrú, Beyond roots, Barber Street, Turban Queen, Barbaras Power, Afromelenas, etc.). Han recuperado peinados, ropas, turbantes, productos naturales y químicos para cuidar la piel negra en todos sus matices, junto a recientes estudios del pelo, sus clasificaciones y tratamientos. La defensa de ambos signos como espacio de una batalla identitaria que antes parecía perdida, pues devaluaba formas no eurocentradas de la belleza humana. Por pequeño que parezca, es un gran espacio ganado a la discriminación racial en el imaginario y la representación social de un grupo sobre el cual se emiten centenares de chistes y burlas que intentan denigrar e inferiorizar la imagen y los cuerpos negros. Tales proyectos significan espacios de auto-reconocimiento y emprendimiento económico con reivindicación identitaria que configuran una red de barberías, *ateliers*, saunas, tiendas

y otros espacios que ofrecen productos, servicios y visiones afrodescendientes a toda la sociedad. Su crecimiento evidencia eso que la mirada eurocentrada sobre la diversidad cubana nunca pensó insertar entre las capacidades industriales y estructurales del país.

El espacio de lo estético y lo doméstico pone a la mujer en espacio que parece protegerla de sexismos u otras violencias; pero la historia de la mujer negra es una línea invisible en el discurso de la nación: sus batallas políticas suelen ser, también, subalternizadas. El feminismo negro reveló una dominación compartida entre sujetos blancos de ambos sexos, donde se incluyen varones negros y otras opresiones por religiosidad, ideología o tradición cultural. Los significados extremos persiguen a esta mujer exagerando su imagen (erótica, maternal, doméstica) o minimizando su rol (político, dialógico, pragmático). En Cuba cristaliza un discurso femenino desentendido durante décadas de la diferencia, que subordina conflictos y "otrifica" subjetividades, entre las cuales, la racial continúa sin agenda específica. Sólo un ejemplo: Los medios apenas muestran mujeres o familias negras socialmente exitosas: ellas existen, pero no se tiene en cuenta los significados de su imagen en términos de representación. Es peor cuando de disidencias sexuales se trata, pues suelen confundirse tantas opresiones como una mirada interseccional pueda ver. Si "¡Negro y maricón!" es una frase que señala un límite de abyección social, entiéndase dicho límite sólo como la puerta hacia múltiples discriminaciones donde lo homo, bi, trans u otras disidencias sexuales negras son estereotipos marcados por la criminalidad, violencia e invisibilización, incluso al interior de la propia comunidad negra. Pero de esto no se habla.

Tampoco se hablaba de orgullo racial y esta carencia generó baja estima social y una autocensura identitaria que refuerza, en la mentalidad social negra, la dominación de patrones eurocéntricos. La visión fanoniana que reconoce el miedo ante los temas raciales y racializados, como característica de los contextos hostiles a tales temas, tuvo su expresión en el discurso cultural cubano. La sagaz observación de Ambrosio Fornet sobre "una intelectualidad negra numerosa y reconocida" (Fornet, 2002), reveló, también, el crecimiento cualitativo de esa intelectualidad negra, es decir, los aportes de su concientización racial y las marcas identitarias en sus obras. Este es un fenómeno que durante la década del noventa comienza a sistematizarse en revistas, libros, paneles y eventos más allá del campo literario.

En la obra de académicos e intelectuales negros y negras del siglo XXI crece el acercamiento a su identidad y el abordaje a problemáticas raciales. Esa ganancia que durante los sesenta solo exhibían los discursos poéticos,

narrativos, dramatúrgicos y cinematográficos de los miembros del grupo literario El Puente y otros pocos como Tomas González, Tato Quiñones, Maité Vera, José Ramón Brene y los cineastas Tomás Gutiérrez Alea, Sara Gómez y Sergio Giral; así como en las obras visuales que en los setenta desarrolló el Grupo Antillano. En los años ochenta se suman autores como El Ambia, Eliseo Altunaga, Marta Rojas y en los noventa, la generación de Teresa Cárdenas, Ariel Ribeaux, Marcial Gala, Alberto Abreu y Alberto Guerra, junto a los poetas de El Palenque. Más allá de nombres y grupos hablo de una zona de la cultura cubana donde confluyen visiones artísticas y ensayísticas, más la reciente atención de las ciencias sociales y el activismo antirracista, expresaron una emergencia crítica que aportó nuevos debates, desafiando la indiferencia política ante el tema racial.

Por otro lado, entiéndase que la conciencia antirracista no es sólo testimonio de personas negras. Tal y como ocurre con otras formas de la conciencia social, como la feminista o la antihomofóbica, estas son ejercicios críticos que se expresan públicamente entre todos los sujetos involucrados, afectados o no, en alguna opresión social. Por esta razón, quiero señalar otra ausencia menos "El blanco: He ahí el problema", revelada del problema en cuestión: El sesgo racial con que se trata el tema; un desenfoque que conduce a mirar siempre hacia un solo lado del asunto: el lado de los negros, agudo artículo de Nicolás Guillén, enjuicia al grupo dominante, cuando de relaciones raciales se trata, señalando su responsabilidad en el conflicto, que revela la intención oculta y culposa con que tal sesgo pretende la ilusión de pureza y homogeneidad, reforzando la idea de superioridad blanca (Guillén, 1929).

Vale decir que todos los blancos no son racistas, pero la mayor parte de los racistas son, mayoritariamente, aquellas personas blancas que asumen acríticamente la visión cultural eurocéntrica y colonizada que forma parte de la tradición hispanoamericana que nos conforma como nación. Cuando decimos *blanco* en Cuba, se necesitan algunas precisiones interseccionales para localizar quienes, dónde y cómo se articulan las acciones racistas, sus espacios y formas de reproducción, permisibilidad o crítica social. No es oponer *negritud versus blancura*, sino distinguir cómo, quienes y dónde se reproducen los mecanismos discriminatorios que alimentan el racismo en nuestra sociedad. Visibilizar el lugar donde el blanco se establece como sujeto universal, sin raza ni conflictos, revelará el privilegio blanco, otro debate que brilla por su ausencia en Cuba.

En tal sentido, debe destacarse la contribución que importantes pensadores blancos cubanos aportan desde emplazamientos científicos y

políticos diversos. Revisar la mirada blanca sobre el tema racial cubano permite reconocer la contribución de muchos pensadores en pos de la igualdad racial y la dignificación del negro en Cuba por encima de la visión colonial, exotizante y racista con que otros pretendieron deslegitimar la presencia negra y sus aportes, separándola de la construcción de una nación diversa, respetuosa de todos sus miembros. Un replanteo crítico de la historia y la historiografía social cubanas nos llevaría a entender mejor la "larga duración" del racismo en la configuración de un modelo excluyente de nación e identificar aquellos ciudadanos cuya opción ideológica y política ha sido la exclusión o la inclusión.

En otra cuerda, ¿Cuándo asumiremos políticamente el aporte psicosocial de las religiones de matriz africana? Estas crean comunidades de conciencia afrodiaspórica, en nuestras naciones eurocéntricamente modeladas, que suelen devaluar los valores de solidaridad, cohesión social y comunidad que estas religiones desarrollan a través de una horizontalidad que crece exponencialmente donde quiera que son practicadas. Sus redes invisibles refractan el *underground* político y, por principio, rechazan eurocentrismo, colonialidad y prejuicios de iglesias eurocentradas y partidos políticos. Son religiones condenadas a vivir como espiritualidad alternativa o "secreta", que no ocultan su profunda conexión con afanes libertarios, aunque carezcan de reconocimiento político. En Cuba han tenido que adaptarse, no sin resistencia, a una verticalidad que las legaliza a la vez que perturba la horizontalidad de su naturaleza. Urge reconocerles su singular institucionalidad, desde la cual pueden tener más incidencia en sus comunidades. Por ejemplo, asistiendo a miembros que están presos, enfermos o desempleados, como hacen otras religiones.

Tampoco será posible obviar una masa cubana migrante que vive otras experiencias y conflictos raciales, cuya comprensión modela su relación con familiares y amigos de la isla. Por otro lado, la mayoría de los migrantes negros cubanos no residen en el llamado *enclave político-económico* de Miami, donde siguen siendo minoría. En general, no disfrutan del status migratorio que poseen otros cubanos euro-descendientes que obtuvieron en Cuba un segundo pasaporte o nacionalidad con la cual lograron establecerse en sus actuales países de residencia. Desde allí apenas se proyectan como una comunidad consciente de su negritud, conectada con las luchas antidiscriminatorias de sus respectivos países, aunque también hay excepciones en países como Brasil o España donde algunas personas han creado sus propios proyectos de vindicación racial. El caso de las filiales en el extranjero de la Sociedad Cultural Yoruba es difícil de dilucidar desde el punto de vista

racial; pero es un modo de proyectar la africanía de sociedad cubana más allá de nuestras fronteras.

Por otro lado, debe corregirse el tratamiento diferenciado hacia artistas, intelectuales, científicos y políticos africanos, profundizar más sobre la realidad caribeña de la cual formamos parte, revisar la selección acrítica en nuestra televisión de filmes y series afroamericanas que ofrecen un modelo de sociedad marcado por estereotipos o tratamientos construidos, en su mayoría, por una versión "negra" del sueño americano y distinguir los grandes aportes críticos de un cine afroamericano independiente que indaga con profundidad y belleza en la desgarradora historia negra de ese país.

No podrá esta política racial obviar el contexto pandémico que, más allá de su temporalidad, afecta de modo diferente buena parte de la población negra, más vulnerable en términos materiales, accesos al empleo, vivienda, créditos, salarios, etc. Entre la crisis económica y la pandemia, la población negra que carga con su desposesión histórica, sufre una serie de carencias ahora multiplicadas, pero que, pensadas desde una política racial, habrá que pensar en acciones afirmativas y mecanismos distributivos en una isla donde distribuir lo básico sigue siendo un ejercicio lleno de tensiones diarias. Las tensiones raciales no son, simplemente, una más; su visibilidad y pertinencia ha de tomarse en cuenta como un dato significativo de una realidad también teñida por los colores de la pobreza y la inequidad.

14. Una política racial que trasciende las modas

La raza es *trending* hoy, no solo en el mercado de los productos de belleza y en la industria cultural. También en el mercado de la política, donde no hizo falta que Naciones Unidas declarara un Decenio Internacional Afrodescendiente, apenas advertido en Cuba, sino bastó que el discurso inaugural del nuevo presidente del imperio cuestione el racismo sistémico en Estados Unidos e invite a una joven poeta afroamericana a leer sus versos para que los precios de turbantes, ropas, libros y autores afro se disparen en Amazon. Los viejos dolores se capitalizan y algunas cicatrices serán maquilladas para que tanta desposesión y maltrato se disuelva en *sites*, discursos y otros *performance* de publicidad, propaganda y reivindicaciones políticamente correctas sobre un tema francamente incorrecto e incómodo como es el racismo.

Deconstruir el pensamiento y el imaginario racista es tarea difícil sin el aporte de la educación, variados mecanismos jurídicos y gran responsabilidad política. Los medios en Cuba, en su mayoría públicos, podrán definir

una estrategia comunicacional que asuma y rebase la representación racial (mediática, parlamentaria, política, etc.) e inserte la complejidad de los contenidos, la diferencia y la heterogeneidad que significan dichas representaciones. Se ha demostrado cómo el periodo del abolicionismo coincidió con el ascenso del racismo y, más recientemente, la presidencia de Barack Obama desató el renacimiento de la supremacía blanca norteamericana; por lo cual no estaría mal prever un ciclo neoconservador de críticas al antirracismo, también dentro de la isla, a través de los sutiles mecanismos que la colonialidad sabe imponer. Y eso tendrá lugar ante nuestros ojos, desde esas instituciones nuestras, cuyos diseños y programas destilan colonialidad, colonialismo interno y escaso entrenamiento para el debate ideológico complejo. Sigo viendo atractiva la idea de una institución propia que denuncie y deconstruya el racismo, articulando la lucha por la igualdad racial junto a otros desafíos antidiscriminatorios.

La nueva pulsión imperial que generó el discurso inaugural del presidente Joe Biden y sus tips raciales, pretende guiar los códigos del discurso internacional contra el racismo y tratará de borrar las verdades que llevaron, en septiembre del 2001, a los líderes antirracistas del mundo a Sudáfrica. Las discusiones previas –particularmente en América Latina– fueron cruciales para llegar a la Cumbre con las definiciones y escenarios claves para explicar la complejidad local y global, histórica y actual del racismo. La presencia de Cuba en dicha Cumbre estuvo avalada, también por el esfuerzo que derribó el apartheid en Sudáfrica y marcó una nueva era para la agencia antirracista mundial. Sin embargo, ha demorado asumir tal problemática en el orden doméstico, donde la trama social es cada vez más compleja y la situación racial se agudiza entre otras tantas urgencias sociales. Es un viejo reclamo ciudadano y político, parte irrenunciable de nuestras luchas por la igualdad, la equidad y los derechos humanos en Cuba; una batalla que debe ser más esclarecida y fortalecida por el reciente Programa Nacional Contra el Racismo y la Discriminación Racial, entre otras estrategias de la sociedad civil y de todos los cubanos, independientemente de su color de piel, ideología y lugar de residencia, pues es un tema que afecta la diversidad y plenitud de la nación.

15. A modo de conclusión

Asumir el racismo en Cuba, sus características, contradicciones y consecuencias no sólo como resultado del diferendo con Estados Unidos, ni desde otras situaciones raciales en la región, sino como una problemá-

tica históricamente arraigada en la sociedad cubana, donde finalmente se implementa una estrategia racial desde el gobierno. Hay que sumar una mirada global a un asunto que surgió del entramado colonial y sostiene su dominio sobre una colonialidad que toca enfrentar dentro y fuera de Cuba. La tradición antirracista, el caudal investigativo acumulado durante años y la nueva voluntad política antirracista asumen una ardua tarea cultural y política que debe involucrar aquel activismo antirracista donde la agencia de los propios afectados rescató el significado político del antirracismo. Estamos insertos en una batalla global donde Cuba tuvo un importante rol en el pasado y puede jugar un buen papel para el futuro de la causa. Se trata de descolonizar las luchas sociales y no subestimar ni fragmentar los significados libertarios que surgen de nuestro color de piel, género, orientación sexual, religiosidad, clase u otras marcas sociales con que, finalmente, atravesaremos el parque de una ciudadanía consciente de sus luchas y esperanzas.

Notas

1 Este tipo de segregación fue calificada de "espectáculo bochornoso" en el Informe Central al I Congreso del Partido Comunista de Cuba leído por Fidel Castro en diciembre de 1975, también criticado por Mella (1925), De la Fuente (2001) y Rolando (2018).

2 Resulta inadecuado analizar la problemática racial en Cuba desentendida del debate marxista, a pesar de sus equívocos sobre lo racial y la evasión al contexto caribeño, Melgar (2007), Moore (2010) y Zurbano (2015).

3 Llamo sociedad civil "no autorizada" a organizaciones y grupos que en Cuba defienden intereses ciudadanos desde agendas no gubernamentales, sin anuencia del Estado, obviando la verticalidad partidista que define, aun de modo impreciso, la sociedad civil socialista. Estas organizaciones "no autorizadas" son redes que trabajan desde una base horizontal socialmente reconocida, asumiendo demandas ciudadanas insuficientemente asumidas por el gobierno, en un espectro de afinidades y conflictos como el racismo, la homofobia, la violencia de género, el maltrato animal, el cuidado al medio-ambiente, etc.

4 El Programa Nacional Contra el Racismo y la Discriminación Racial no se define como institución o instancia jurídica en función de demandas raciales, ni ha manifestado autoridad para generar o desarrollar leyes y acciones prácticas antirracistas.

5 Dicho informe circula como una "primera versión", escrita desde argumentos seudo-científicos. Su anexo final ofrece una caracterización neo-lombrosiana de figuras, grupos y tendencias del activismo antirracista en Cuba hoy. Véase https://www.afrocubaweb.com/programa-nacional-diagnostico.pdf.

6 El Movimiento de San Isidro (MSI) lo integran un grupo de activistas y artistas independientes enfrentados a la política cultural cubana. A través de críticas, *performances* y manifiestos cuestionan los límites de la libertad de expresión, la legitimidad del arte independiente y el propio status de artista definido por el Estado. En los últimos años, esta confrontación se desplazó del campo cultural al disenso político y han encarcelado algunos de sus miembros. Tras una huelga de hambre el gobierno decide, la noche del 26 de noviembre del 2021, desalojar su sede en el barrio habanero de San Isidro, hospitalizando y deteniendo temporalmente a sus miembros, lo cual desata una manifestación el 27 de noviembre, frente al Ministerio de Cultura, donde más de 200 jóvenes exigieron un diálogo con varias demandas (ninguna de carácter racial). Dicha acción colectiva se conoce como Movimiento 27 de noviembre (M27N), con manifiesto y demandas propias (Zurbano, 2021).

Referencias

Álvarez, M. (2021). *Entre la integración y el negrismo. La problemática racial en la prensa cubana (1959)*. Premio Calendario de Ensayo 2021. Editora Abril.

Carneado, J. (1962). La discriminación racial en Cuba no volverá jamás. *Cuba Socialista*, (número 2), pp. 54-67.

Castro, F. (1975). *Informe Central al I Congreso del Partido Comunista de Cuba*.

De la Fuente, A. (2001). *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política en el siglo XX cubano.* The University North Carolina Press.

Fornet, A. (2002). *La Gaceta de la UNEAC*, (número 1), p.21.

Guillén, N. (1929). El blanco: He ahí el problema. En *Diario de la Marina,* La Habana.

Haapala, A. (2006). La identidad urbana: la ciudad como lugar para residir. En Criterios, (número 35), La Habana, p. 135.

Melgar, R. (2007). Rearmando la memoria. El primer debate socialista acerca de nuestros afroamericanos. En: *Humania del Sur*, año 2, (número 2), pp.145-166.

Mella, J. (1925). Los cazadores de negros resucitan en Santa Clara. En *Juventud*, p. 11.

Moore, C. (2010). *O marxismo e a questao racial. Karl Marx e Friedrich Engels frente ao racismo e a escravidao*. Brasil: Nandyala Editora.

Pérez, E. (2009). La realidad no desaparece porque no hablemos de ella. Entrevista en *El poder y el proyecto. Un debate sobre el presente y el futuro de la revolución en Cuba*. Julio Cesar Guanche (Ed.). Editorial Oriente, p. 254.

Programa Nacional Contra el Racismo y la Discriminación Racial. *Diagnóstico*. 40 págs. Recuperado de: http://afrocubaweb.com/programa-nacional-diagnostico.pdf

Ramonet, I. (2006). *Cien horas con Fidel*. La Habana: Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, p. 261.

Rolando, G. (2018). *Diálogo con mi abuela*, documental, (ICAIC).

Serviat, P. (1986). *El problema negro en Cuba y su solución definitiva.* Editora Política.

Zurbano, R. (2012). Cuba: Doce dificultades para enfrentar el (neo) racismo o doce razones para abrir el (otro) debate. En: *Revista Universidad de La Habana*, (número 273), pp. 266-277.

Zurbano, R. (2015). Racismo versus Socialismo en Cuba: Un conflicto fuera de lugar (Apuntes sobre/contra el colonialismo interno, en Meridional. *Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, (número 4).

Zurbano, R. (2021). Contra la rabia política: Una vacuna y una propuesta. En *Rebelión*. Recuperado de: http://www.sinpermiso,